



JUSTINITA LA IDOLATRADA

El alba rasguñaba la puerta de la señora Justina y terminó cascándose, como huevo de chachalaca, sobre la madera de polilla. Y cuando esto ocurrió, la señora Justina abrió los ojos en un respingo y pudo comprobar que su niñita se le había muerto en el seno de sus tiernos y protectores brazos, donde la hija todavía le procuraba calor con una de sus mejillas. La niña se murió despacito y sin hacer mitote en el momento que a la madre le vencía el sueño, se conoce que para no remover más la ventisca de la tristeza.

--¡Ay, santa Eduvigis, que se me murió la niña mismito en el resuello! ¡Y las dos solitas! ¡Que ni siquiera está su papito Feliciano, que se lo llevó la guerra de los campos! ¡Ay, santa Eduvigis, resucítemela, echando mano a su infinita piedad!

Hacía ya varios días que Justinita, de tres años, ardía en la fiebre igual que los cerros vecinos, por donde anidaban los forajidos del Gobierno. Justinita se enfriaba ya y derretía los cascotes de su calentura como hielo al solecico. La madre lloraba, hincada de rodillas en la cama, al tiempo que rascaba la nuca de la hija para adormecerla, como si estuviera viva. La luz del pueblo se

intensificaba con los destellos que el cielo claro expandía desde su torbellino de incandescencia. Toda la casa se apretaba en el llanto, y crujía como si estuviera construida de astillas.

--Que no, que no, que ya no lloro más; que no lloro más para enseñarte la entereza. Los deberes de las personas...

La madre evaporó sus lágrimas mientras se tragaba una bola espesa de saliva, parecía que se había trezado un nudo en los umbrales de sus lagrimales. La madre, con la yema de los dedos, tentaba los pálidos carrillos de Justinita y le hablaba como si nada hubiera ocurrido, para no espantarla.

--Nuca regresaré acá, a Jiquilpan. Me quedaré en la hacienda del patroncito para quererte más cerca. Ya le darán razón a tu papito.

La madre desconocía las verdaderas nuevas de su marido, al que mataron contra una piedra muy grande en los linderos de Aguascalientes. El rumor de la matazón se acercaba cada día por Jiquilpan, reptando como una muerte de huesos mondos y rechinadores que animara el impulso del diablo. Pero a Feliciano lo vieron en Talpa, y también en Mazatlán. Así que, para la señora Justina, Feliciano vivía, aunque ya sin su hijita.

--Nunca volveré a Jiquilpan porque no te enterraré en su cementerio. Me iré a servir al patrón para poder platicarte cada día.

Los cachivaches de la casa rezongaban el temor que transmitían los hombres, casi ancianos, de la calle. Entre el alboroto y la desesperación, la leva se dirigía a ellos para que algún día hicieran bulto arrojando tiros. A la madre, en ese momento, se le reflejó en la cara la litografía de su marido y recordó cuando se lo llevaron a él, brome que te brome, con el rostro renegrido del tormento de su alma. La madre continuaba su letanía tensando las quijadas, sólo por eso se le notaba la tajada partida de su corazón.

--Yo vi una vez a la niña Eduvigis muertita, en su caja transparente de la Basílica, y era una prenda como tú, rete linda.

Sí, las horas se arremolinaban unas tras otras, pero Justinita seguía hermoheando su hermosura a la madre inquieta. Un beso en los ojos de pestañas, para aplacar la congoja; un abrazo mero en medio de su frágil pecho, para respirar el rescoldo de su alma fugaz; y el recuento de sus deditos de algodón, por entretenerla; y el cepillar su mata de pelo negro, por expandir sobre la estancia el oloroso aire que se arrinconó, allá, amedrentado y desmayado. Las horas se embrocaban unas encima de otras; sí, así era, mientras la noche apuntaba su rocío encendido de luz y el toque de queda acartonaba los andares de las personas.

--En el cementerio no, que está seco y plagaito de muertos de mal morir. Que te enterraremos la luna y yo, poquito a poco, bajo el encino del arroyo, detrasito de lo maldoso.

El silencio de la casa y la oscuridad acechaban a la madre que se vestía de luto y se anudaba un pañuelo negro en el cabello. El silencio de la casa y la oscuridad, sin salir del pasmo que los constreñía, consideraron que la madre, aún muy joven, se había metido a vieja de la noche a la mañana, de lo atarantada y ajada que se mostraba. Los motivos no le faltaban.

--En el cementerio no, mi niña, que la jedentina te hará mal.

A la madre se le escapó una lágrima cuando liaba a la hija en un jorongo. Primero le introdujo una piernita y luego la otra. Y pudo percibir la rigidez de la niña, rigurosa, comparable al estremezón que sacudía su vivo estómago. A la madre se le escapó una lágrima, la misma que se le atascó por la mañana, pero rápidamente la enjugó en sus manos. Tenía que pasear la vista bien clara.

--En el cementerio no, que quema la tierra, y el gentío que la revuelve, entre las chispas que se apagan al ascender, como las brasas.

El pueblo opaco, a pesar de la mudez de sus desiertas callejuelas, anunciaba a la madre que no le corriera el miedo, que él, con la capacidad de sus nervios que se repartían por todos los recodos, le levantaría la tierra para guarecerla como escudo. La firmeza de la madre sosteniendo a la hija ni siquiera trastabilló cuando un charco de sangre, petrificado en la arena, se quejaba con sus gritos trepidantes. La mujer rebasó el final del pueblo y se encaminó a la expansión del llano; entonces reparó en la luna, colorada como un sol de crepúsculo. Se detuvo, asustada por el aura de luz que la luna pintaba sobre sus cuerpos, y reanudó sus pisadas. Y allá que fue, aunque su destino estuviera tan allá, irredimible por el largo llano lampiño.

--¿Qué fue? ¿Un tiro repelón? Fuera, fuera, tiro repelón, lejos de mi niña, tiro repelón.

Que sonara de vez en cuando un tiro no procuraba el menor agravio en los habitantes de Jiquilpan. En aquel momento las balas traqueteaban muy lejos, por las espaldas de la madre, como si sus sonidos fuesen los ronquidos de una alimaña. Los pasos de la madre levantaban unos granitos de polvo muy densos. Estos granitos caracoleaban en el espacio árido para reposar, como un paño de seda, sobre las cáscaras de las chicharras cenicientas. Y estas chicharras detenían sus sonajas agudas, y erguían las cabecillas, para apreciar los dos cuerpos refulgentes que se distanciaban en su aureola.

La madre comenzó a escuchar el rumor del arroyo, y una descarga de amarga complacencia se le consumió, al escapársele de los pies. Parecía que del interior del jorongo salían unos suspiros queditos.

--Que ya llegamos, criatura, que ya nos saluda el encino, que deprisita te daré tierra.

La esponja del zacate y los amoles, que se dispersaban en gran número, sintonizaban con el trocito de espeso bosque que empapaba la tierra y la reblandecía. Muy próximo a aquel pedacito de paraíso circundaba el rancho del patrón, aspirando bendiciones.

--Tantito te llenaré de terrones frescos... Mismamente acá, en este grupito de tierra dócil. Cerca de la agüita.

En la orilla del encino, la madre sintió un frío más picajoso que en la intemperie que la rodeaba, y también percibió el olor de una vegetación más concentrada y penetrante. Cuando empezó a remover los primeros terrones de la fosa, con la niña enfrente, acunada por los brazos de la hierba, notó algo extraño, como si una mano le tentara la barbilla y se la levantara. En un primer instante no distinguió nada; pero aguzando la vista descubrió que una sombra bordeaba la barranca del arroyo. Era la sombra de un niño que negreaba junto a la de una bestia, de la que tiraba. Las dos apariciones se evaporaron en la línea de la barranca, como en una tremolina de aire caprichoso y vocinglero. La madre arguyó que aquello podía ser peligroso y se encaminó a donde desaparecieron los intrusos, para asegurarse de que no fueran descubiertas. Miró la silueta de la niña fallecida.

--Orita vengo para platicarte.

La madre bajó la hondonada con una decisión excepcional, pero rebosante de prudencia y murmurando, atropelladamente, santa Eduvigis, santa Eduvigis. Allá sólo permanecía el rastro de los pedregales redondos del arroyo y la yedra que, como hilos arrastrados por el viento, se balanceaba a favor de la corriente, salpicando fragmentos de oscuridad. De improviso, la madre se entregó a trepar la barranca con la urgencia del que se siente perdido. Subía a horcajadas, apoyando sus manos en los ariscos cantos de dureza. Todavía le parecía escuchar unos chiflidos torpes, como de niña que aprende a soplarlos.

En la cima, bajo el amparo del encino, la niña Justinita esperaba a la madre, de pie, con una de sus manos sosteniendo el jorongo.

--Va mamita, suba ya, que me escuecen los zapatos de charol.

En ese momento, muy lejos de allá, en otro país del Caribe, una lágrima rodaba por la mejilla de la niña Eduvigis, allá en la tumba de cristal de su Basílica, como si fuese la gota de un lucerito desangelado. En la noche de la Basílica lejana, unos cirios humeaban su agonía y una gotita fosforescente alumbraba, diminuta en la tupida negrura del espacio santo, como si se tratara de la última luciérnaga del mundo.

En un negro entorno sin fondo, caminaban Justina, la madre, y Justinita, en adelante la Idolatrada. Caminaban con tiento, desafiando un toque de queda anodino. Como dos espectros, cortaban la noche del llano.